

Reseña: Figuepron, M. (2020). Morir en las grandes pestes. Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo XIX. Buenos Aires: Siglo XXI-ASAIH, 192 pp.

*Hernán Otero**

Resulta, sin duda, innecesario señalar la relevancia de este libro en el actual contexto de la pandemia de coronavirus con su carga de muertes, informaciones y discursos de toda índole. Más pertinente, en cambio, es recordar que el texto que nos ocupa obtuvo el primer premio de la Asociación Argentina de Investigadores de Historia en el concurso 2017 a la mejor tesis doctoral y que la salida del libro revela, una vez más, el sostenido esfuerzo que llevan adelante autores, editoriales y asociaciones científicas para impulsar la publicación de obras de largo aliento a pesar de las dificultades económicas.

El texto, que consta de una introducción y seis capítulos, se enmarca en un terreno de indagación atravesado por al menos tres tradiciones de reflexión. En primer lugar, la historia de la mortalidad (especialmente de la mortalidad de crisis de las poblaciones de antiguo régimen) en cuanto fenómeno demográfico y estadístico. En segundo lugar, la historia de la salud y la enfermedad, campo más amplio que el anterior, que focaliza su atención en los saberes y las prácticas, así como también en los actores e instituciones intervinientes en cada sociedad y momento. Por último, las reflexiones sobre la muerte en su dimensión cultural y filosófica, perspectiva que otorga importancia central a las representaciones y a las complejas relaciones de las personas y las sociedades con el final de la existencia.

Como suele ocurrir, estas tres grandes vertientes se nutren de múltiples afluentes e intersecciones, de modo que su geografía (sobre todo en el caso de las dos primeras) se asemeja más a un delta complejo que a la confluencia fácilmente discernible de los mapas escolares. Esa complejidad deriva asimismo de la pluralidad de registros heurísticos que exige su reconstrucción y de la yuxtaposición, siempre problemática, de enfoques metodológicos diversos. La imagen precedente ilustra bien los desafíos afrontados por el autor y las virtudes de su propuesta.

El libro parte de una decisión metodológica muy acertada que es la de proponer un análisis conjunto de las grandes epidemias que afectaron a la ciudad de Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX: las epidemias de cólera de 1867 y 1868 y la fiebre amarilla de 1871. La centralidad, tanto por su intensidad como por sus efectos de largo plazo, de ambas crisis es hábilmente contextualizada mediante la inclusión de otras epidemias de menor

* Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales, CONICET, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, hernan.otero@speedy.com.ar.

intensidad, pero también de las múltiples formas de morbimortalidad (fiebre tifoidea, viruela, peste bubónica, escarlatina, sarampión, etcétera), más o menos constantes, que caracterizaron a esa centuria. La combinación de los tres niveles mencionados (mortalidad de crisis, epidemias menores y mortalidad “normal”) permite identificar los puntos de ruptura, pero también las continuidades de la mortalidad de antiguo régimen, si bien no debe olvidarse que el episodio de 1871 representa una clara variación de escala dentro de ese paisaje.

Siempre en el plano de los necesarios contextos que permiten comprender cabalmente un fenómeno histórico, el libro reconstruye la Buenos Aires de la época. Esa reconstrucción, en la que se percibe una mirada a la vez empática y atenta a la precisión, se despliega en planos sucesivos que van desde la materialidad del paisaje urbano y las frágiles condiciones de vida e higiene, hasta los espacios de sociabilidad de la escala parroquial y las “constelaciones de pensamiento” dominantes, en particular el higienismo y las teorías miasmáticas, pasando por las instituciones políticas y sanitarias.

Aunque omnipresentes, las epidemias en sí mismas como fenómeno epidemiológico no constituyen el tema central del libro, sino sus efectos en diversos planos, entre los que ocupa un lugar de primer orden el “universo de representaciones” que generan, reconstruido a partir de un rastreo exhaustivo de la prensa y de las revistas médicas. Ello permite echar luz sobre nudos temáticos de gran interés como las reacciones frente al miedo (que van desde la cobardía y las huidas masivas hasta el coraje encuadrado por las normas del honor) y los saberes sobre los focos de infección, los modos de transmisión y las terapéuticas propuestas para combatir las epidemias. El texto destaca con claridad la compleja y tensa relación entre saberes médicos y populares, dos dimensiones por entonces íntimamente imbricadas y cuyos contenidos de verdad y eficacia no siempre operan conforme a lo esperado. Las representaciones incluyen, por último, los aspectos más dramáticos de la crisis, como el carácter deshumanizante de las enfermedades y el descalabro institucional y social que provocan, englobados bajo el concepto de ciudad distópica.

El libro es virtuoso no solo por lo que nos muestra, sino también por lo que cuestiona, en particular la idea de un Estado municipal ausente, componente, según el autor, del modelo dramático de los relatos sobre la crisis. Si bien hubo una activa gestión vecinal, con frecuencia crítica del accionar gubernamental, promovida por comisiones y notables locales, cuyas principales trayectorias son analizadas en detalle, Fiquepron pone claramente en evidencia una gestión municipal decidida y multiforme. En contra de la tesis de la inercia estatal desbordada por los acontecimientos, la municipalidad se caracterizó en cambio por la creación de comisiones de higiene parroquiales, por la sanción de legislación en diversos dominios (salubridad general, cementerios públicos) y por medidas concretas, como la limpieza de calles, la creación de lazaretos o el control de conventillos. Su accionar en detalle en las parroquias de San Miguel y Montserrat permite observar y verificar la capilaridad del Estado municipal. El análisis de esta ingeniería institucional se completa con el del fracaso, hacia 1886, del intento de alcanzar un modelo centralizado de asistencia pública. En suma, se asiste durante las epidemias a una sociedad civil fuerte pero que coexiste con un Estado proactivo, aunque débil en sus medios y alcances, sin duda un rasgo de larga duración de nuestra historia. Por todo ello, Fiquepron verifica de manera convincente la tesis según la cual las epidemias actuaron como un importante vector de institucionalización y, dado el peso creciente de los médicos en las instancias de gobierno, también de medicalización, aun cuando el peso de la medicina popular fuera todavía importante.

Reseña: Fiquepron, M. (2020). *Morir en las grandes pestes. Las epidemias de cólera y fiebre amarilla en la Buenos Aires del siglo XIX.* Buenos Aires: Siglo XXI-ASAIH / *Hernán Otero*

Las epidemias suponen asimismo un cambio en la relación del individuo con la muerte propia y ajena, que se traduce en modificaciones de las formas de morir y las prácticas fúnebres. Aunque esto pueda parecer evidente hoy, en razón de la sobredosis informativa en la que estamos inmersos, el análisis de esta dimensión resulta particularmente arduo cuando de sociedades históricas se trata. Gracias a la prensa y al uso de los obituarios, una fuente poco frecuentada en nuestra historiografía, el autor nos acerca a la dimensión vivencial de las grandes crisis. Las formas de morir y los rituales fúnebres, alterados drásticamente por la epidemia, fueron compensados por estrategias destinadas a llenar el vacío de la muerte, entre las que se destacaron las celebraciones religiosas y los homenajes póstumos.

Otro elemento sustantivo fue el cambio experimentado por las necrópolis porteñas, sobre todo a partir de la sanción en 1868 del Reglamento de Cementerios. En este punto, el libro propone una suerte de cartografía social de la muerte ritmada por la creación de necrópolis efímeras (como el Cementerio Sur, entre 1867 y 1871), la transformación de espacios de larga data (Recoleta) y la creación de nuevos lugares de sepultura, como la Chacarita en 1871, llamados a tener un gran impacto en el imaginario y el trazado urbano de la capital. Los cambios se tradujeron asimismo en la creciente importancia de los médicos y los policías como actores intervinientes en la gestión de la muerte y del entierro. Los cambios en los rituales ilustran asimismo la paradoja de un tipo de mortalidad de antiguo régimen, como las epidemias, pero que indujo procesos, por entonces coyunturales, que prefiguraban la tonalidad de la muerte posterior, es decir, un final de existencia altamente medicalizado y anónimo.

Por último, el autor aborda los mecanismos a través de los cuales se construyó el recuerdo de las epidemias aportando valiosas intuiciones a la siempre difícil relación entre memoria e historia. La hipótesis central es que el persistente recuerdo de la epidemia de 1871 eclipsó las anteriores y posteriores, gracias a un “proceso altamente selectivo del pasado” que afectó tanto la memoria colectiva como los trabajos propiamente históricos, cuyos supuestos e interpretaciones son puestos en evidencia de manera perspicaz. El episodio de 1871, en suma, habría obliterado la memoria de otras crisis, como las del cólera o la posterior gripe española de 1918, prácticamente olvidada hasta fechas recientes, sin contar las ocurridas en el interior del país. Elementos centrales de este efecto de pantalla habrían sido las obras históricas contemporáneas y posteriores, pero también los registros visuales como los monumentos y, sobre todo, el visitado cuadro de Juan Manuel Blanes (*Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires*, 1871) que, al igual que el *Guernica* de Picasso, devino un auténtico ícono cultural.

A las virtudes precedentes se suman algunos rasgos generales que hacen de *Morir en las grandes pestes* una obra de gran interés tanto para especialistas como para el lector en general. Entre tales rasgos merece destacarse, en primer lugar, que se trata de un texto de lectura ágil y apasionante, que combina un relato fluido con una notable economía en la erudición y la teoría, bien dosificadas para aportar comprensión y solidez, pero sin alterar el placer de la lectura. El pasaje de una tesis doctoral a un libro constituye, en efecto, una tarea difícil que el autor ha llevado adelante con gran acierto.

En segundo lugar, el libro se apoya en un conjunto complejo y diverso de fuentes, cuyo núcleo central se halla compuesto por la documentación municipal (actas, memorias, informes, etcétera) y la prensa, sin olvidar las imágenes, utilizadas no como simple ilustración sino como fuentes en sí mismas.

Por último, el libro no nos propone una historia de las crisis de mortalidad al estilo de las clásicas reconstrucciones de demografía histórica sino, ante todo, una historia cultural de las epidemias y de sus efectos en la sociedad. Con todo, podrían echarse de menos algunas de las preocupaciones de la historia social más cuantitativa, ya que la intensidad estadística de los fenómenos no es independiente de los efectos que estos generan, tanto más porque el significado de los números es siempre mediado culturalmente. A título de ejemplos, ¿cómo debe situarse el impacto –a todas luces notable– de la fiebre amarilla de 1871 en comparación con crisis epidémicas de otros casos nacionales del período? O bien, ¿las epidemias tuvieron el mismo impacto en términos de edades, sexo o nacionalidad? Lejos de constituir problemas serios, las preguntas traducen una vez más la pluralidad e interacción de los enfoques que convergen en el estudio de la mortalidad epidémica y la riqueza de aportes y preguntas que el libro habilita, no solo sobre el espacio y período histórico considerado, sino también sobre nuestra relación con la muerte en el sentido más general de la naturaleza humana.